

X Concurso de relatos
FICCIÓN Y CIENCIA

RELATO GANADOR 2024

Boulevard Louis Pasteur
Napoleón Pérez Farinós



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

VICERRECTORADO DE INVESTIGACIÓN
Y DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

Publicaciones
y Divulgación Científica



UMA Divulga

© Napoleón Pérez Farinós

© Publicaciones y Divulgación Científica. Universidad de Málaga
Bulevar Louis Pasteur, 30 (Campus de Teatinos) - 29071 Málaga
www.umaeditorial.uma.es

Imagen de la cubierta: vector de diseño creado por Freepik

Coordinación: Rosario Moreno-Torres Sánchez

Corrección y edición: Javier Sánchez Relinque

Maquetación: Aurora Álvarez Narváez

Colección: Ficción y Ciencia

X Concurso de relatos

FICCIÓN Y CIENCIA

Boulevard Louis Pasteur

Napoleón Pérez Farinós

**Universidad de Málaga
2024**

Boulevard Louis Pasteur

Otra vez le sorprendió la noche en la Facultad. La convocatoria de financiación para investigación hacía perder la noción del tiempo a Jorge Santos; por ello pasaba tantas horas en su despacho.

Cerró con llave su puerta, y después la del Departamento; no había ni un alma por los pasillos. La Facultad de Medicina tenía una planta enrevesada, y un sinfín de corredores, escaleras y recovecos. Fue al pasar junto a uno de ellos cuando percibió un reflejo, como de una linterna, a unos 50 metros, al final de un pasillo. Imaginó que sería Ramón, el vigilante, y se dirigió hacia allí para buscarle, puesto que le necesitaba para que abriera la puerta principal. De repente el punto de luz se perdió. Santos se detuvo un instante, pero continuó poco después. Por allí no parecía haber nadie. Oyó como si alguien se moviera; el ruido venía de arriba, de modo que comenzó a subir las escaleras. “¿Ramón?”, preguntó. Pero no recibió respuesta. En el piso superior había un rellano, del que salían otros dos pasillos, pero en ninguno de ellos se veía más que la penumbra generada por la luz de las farolas que entraba por las ventanas.

Entonces Santos escuchó un sonido a su espalda. Lo último que pudo ver al darse la vuelta fue una sombra que se abalanzaba sobre él, antes de sentir desplomarse la violencia sobre su cabeza.

José Almazán cumplía ese día veinte años de su ingreso en el Cuerpo, y ya llevaba casi cinco como inspector. Para celebrarlo había pensado invitar a sus compañeros a desayunar, pero no iba a poder ser. Como la Dirección General de la Policía de Málaga estaba cerca de la Facultad de Medicina, en el barrio de Teatinos, decidió pasear hasta allí por el Boulevard Louis Pasteur para ver de primera mano cómo transcurría la investigación. Ya había mandado a dos agentes a primera hora, pero varias llamadas telefónicas recibidas le decían que ese caso iba a requerir algo más de presencia. Un profesor asesinado en la universidad no era algo habitual, y preveía que la presión iba a aumentar con rapidez.

Se identificó en la Conserjería, y preguntó por sus compañeros. Los encontró en la cafetería, interrogando al personal. Castillo, un agente cordobés que llevaba varios años en el equipo, hablaba con un camarero. Paula vino a su encuentro.

—Buenos días, jefe.

Paula Galván era una policía que había llegado destinada hacía poco tiempo a Málaga, era rigurosa y tenaz y Almazán estaba contento con ella.

—¿Quién es el muerto?

—No hay muerto. Al principio parecía que sí, porque estaba hecho polvo, pero estaba vivo cuando le trasladaron. Eso sí, con la cabeza muy abollada.

—¿Pero va a salir de esta?

—No lo sabemos. De momento está en la UCI. Y de hablar con él, nada. Está inconsciente, y quizá por mucho tiempo.

Castillo se incorporó al grupo.

—Bueno, contadme cómo pasó —inquirió Almazán.

—Le encontró el vigilante, sobre las 5 de la mañana, en un pasillo —respondió Paula—. Pero debía llevar horas ahí. Le sacudieron con algo contundente.

—¿No habéis encontrado el arma?

—No, pero a unos diez metros se supone que debía haber un extintor, de los pequeños, y está el colgador vacío. Quizás le golpearon con eso, y luego el agresor se lo llevó.

—¿Habéis hablado con el vigilante?

—Sí, jefe —respondió Castillo—. Se llama Ramón Alguacil, y lleva en el turno de noche unos cuatro años. Conoce a todo el mundo, incluida la víctima. Dice que no se enteró de lo sucedido, que hizo sus rondas sin notar nada extraño, y que se encontró con el pobre hombre tirado en un rincón oscuro de un pasillo. Creía que estaba muerto. Y está casi seguro de que el extintor que falta estaba en su sitio cuando comenzó su turno.

Paula abrió su libreta y buscó unas anotaciones.

—Al preguntarle por su trabajo, en general, nos dijo algo raro. Al parecer, desde hace unas semanas ha habido intrusiones en dependencias de la Facultad. Concretamente en un laboratorio.

—¿Robos? —inquirió Almazán.

—Pues ahí está lo raro. Nadie ha echado en falta nada de valor. Y hay mucho material valioso que hubieran podido llevarse. Lo que pasa es que no ha habido denuncia porque ni siquiera la puerta fue forzada, quien entrara lo hizo con llave.

—¿Y entonces cómo pueden decir que haya habido intrusiones?

—El responsable del laboratorio dice que alguien entró. Que él sabe exactamente cómo está todo colocado, y que dos veces encontró objetos en sitios diferentes, y puertas de armarios en posición distinta al día anterior.

—Y el vigilante jura que durante esas noches no vio entrar a nadie ahí —apostilló Castillo.

—¿Qué más hay en ese laboratorio? ¿Algo que pueda tener relación con el ataque de esta noche?

—Hay aparatos, microscopios y cosas así —dijo Paula—. Y muestras biológicas, sobre todo sangre. Nada llamativo.

—¿Y en el lugar de la agresión, alguna pista?

—Tampoco. Aparte de la sangre del herido, un poco de todo, pelos, uñas, polvo, una colilla. Lo hemos enviado a nuestro laboratorio, por si hubiera algo de ayuda. Aunque no creo.

El inspector Almazán quedó pensativo, mientras los dos agentes le miraban, esperando nuevas instrucciones.

—No sabemos si la agresión y lo del laboratorio están conectados, probablemente no. ¿Qué hay del herido?

—Se llama Jorge Santos, y es profesor de la Facultad. No hemos podido hablar aún con mucha gente, pero la primera impresión es que es apreciado. Amable, educado, trabajador, dicen. Y acostumbraba a salir tarde. No tiene familia directa, ni padres ni pareja.

—Bien —dijo Almazán—. Entonces acabad con los interrogatorios, y a ver si hay algo de interés. Si no, creo que debemos considerarlo como un intento de robo. El agresor se vería sorprendido, le golpeó, y huyó. Yo voy a acercarme al hospital.

—De acuerdo, jefe —asintieron ambos.

El Profesor Santos resultó estar en muy mal estado. Tenía una fractura de cráneo, y no se podían descartar secuelas irreversibles si sobrevivía.

Mientras caminaba de vuelta a la Dirección General, le vino a la cabeza algo que le habían contado Paula y Castillo sobre el laboratorio. No faltaba nada, pero allí había sobre todo sangre. ¿Sangre? ¿Alguien buscaba sangre?

Durante la tarde no hubo novedades, aunque transmitió a sus superiores que estaban haciendo grandes avances. Le fastidiaba mentir, pero a veces era la única forma de sacudirse la presión.

Fue a la mañana siguiente cuando Castillo le llamó al móvil.

—Jefe, me parece que tenemos algo.

—Cuenta.

—Creo que es mejor que se acerque por aquí, si puede.

Almazán paseó de nuevo por el Boulevard Louis Pasteur; era un recorrido que le relajaba bastante. Castillo le estaba esperando en la entrada principal de la Facultad.

—Al ir preguntando en otros departamentos, vimos unas manchas de sangre en un despacho.

—¿Creéis que es sangre de la víctima?

—No lo sabemos. Pero al preguntar al ocupante, se puso de inmediato a la defensiva. Hasta que abrimos una nevera que tiene en el despacho. No se imagina lo que guarda ahí dentro.

—Venga, Castillo, ve al grano —dijo Almazán.

—Pues un montón de pequeños envases con sangre. Y eso no es todo. Algunos de los recipientes están vacíos.

—¿Más sangre? Esto se pone cada vez más cruento. ¿Un vampiro moderno?

—No tengo ni idea. Pero la cuestión es que el tipo empezó a decir que él no sabe nada, y quería que nos fuéramos a toda costa. Paula está allí con él.

—¿Dónde?

—Es un pez gordo de aquí, un catedrático, Profesor José María Corral. Y no sólo está lo de la sangre. El vigilante nos había dicho que no vio a nadie la noche de la agresión, pero que unas noches antes, no recuerda con exactitud cuándo, también vio salir a altas horas a Corral. Cuando le hemos preguntado que qué hacía tan tarde por aquí, se ha limitado a decirnos que

“cosas tuyas, de su trabajo”. Y ahí está enrocado. Yo creo que se le está poniendo cara de sospechoso.

—Bueno, bueno, no nos adelantemos. Vamos a verle, antes de que le muerda el cuello a Paula.

El Dr. Corral era un profesor de los de antes, pensó Almazán. Con bata y pajarita, aspecto respetable y gesto muy serio. Lo suficientemente corpulento como para asestar un golpe letal en la cabeza a alguien. En efecto, no parecía muy satisfecho de la presencia de la policía.

—Ya he dicho a sus subordinados que no tengo nada más que contar. Todo esto pertenece al ámbito de mi trabajo, y no tengo por qué dar más explicaciones —dijo Corral con tono desabrido.

—Entiendo, Profesor —respondió Almazán—. Pero también debe comprender usted que estamos llevando la investigación de una agresión a un compañero suyo que tal vez muera, y que lo que tenemos aquí es algo poco usual.

—Lo que es poco usual es la insinuación de que alguien como yo tenga algo que ver en eso. Si necesita algo más, es mejor que se traiga una orden de registro. Y por favor, déjenme en paz, porque estoy muy ocupado.

Los tres policías salieron del despacho, y fueron a la cafetería.

—¿Qué le parece, jefe? —preguntó primero Paula.

—No sé qué decirte. El señor es desagradable pero no tiene aspecto de delincuente.

—¿Pero en serio cree que puede ser una especie de vampiro?

—Mira, Castillo, vivimos tiempos en los que casi nada es lo que parece. Cosas más raras hemos visto. De momento hay que comprobar si Corral tiene acceso al laboratorio de las muestras, y seguir con el resto del personal. ¿Habéis encontrado el extintor?

—No —respondió Paula—. Pero seguimos buscando.

Almazán regresó de nuevo caminando. Aquella tarde no le llegó ninguna información nueva, y se la tomó libre. Aprovechó para ordenar la casa. Aunque era un piso pequeño, tras el divorcio tenía una tendencia entrópica que el tiempo no había atenuado. Añoraba a su hijo, que se había marchado a trabajar a Australia, y el desfase horario no era un buen aliado para mantener sus antes habituales conversaciones. Y también echaba de menos tener compañía en su cama. Después de un matrimonio largo, su capacidad para relacionarse con mujeres se había resentido, se sentía inseguro al tomar la iniciativa. Esa noche tuvo sueños extraños, con personas que bebían sangre. Almazán no solía verse demasiado influenciado por sus casos, pero por lo visto, aquel le estaba afectando más de la cuenta.

A las 9 de la mañana llegó a su despacho. A los pocos minutos, Anita, la secretaria, le pasó una llamada de Castillo.

—El cerco sobre el Catedrático se estrecha, jefe. Al parecer se lleva fatal con el herido. Hace pocos meses Santos acusó a Corral de prácticas poco éticas en asuntos de investigación; en concreto, de traficar con datos.

—¿Y eso qué trascendencia puede tener? —preguntó Almazán.

—Según nos han contado, mucha. Primero, porque la credibilidad de la universidad queda en entredicho. Y segundo, podrían empapelarle por la vía penal si la cosa es gorda. Lo que pasa es que Santos no debía tener pruebas, y todo quedó en una acusación interna, y rencor entre ellos. ¿Qué, le detenemos ya?

—No tenemos pruebas, Castillo. Hemos de esperar, y seguir indagando. Todo señala a Corral, pero no es suficiente. Lo del vampiro pierde peso, pero una acusación de corrupción científica es algo muy gordo. Quizás lo de la sangre sea sólo una tapadera. En cualquier caso, vigíladle y continuad buscando algo que le incrimine.

Almazán bajó a tomar un café. En la máquina estaba Cristino, un compañero de promoción con el que mantenía buena relación.

—Vaya cara que gastas, Pepe.

—No me mirado al espejo, pero no me extraña. Tengo un caso que no sé si se está atascando.

—Ah, sí, el del profesor. Parece que la universidad se vuelve cada vez menos segura. Yo creo que nunca habíamos tenido tantos líos por ahí.

—¿Cómo que tantos líos? ¿Ha habido más casos?

—Hombre, algunos, sí —respondió Cristino—. Hace poco unos estudiantes, que organizaron un botellón que acabó con

palos y un incendio. Lo de los coches con las ruedas reventadas. Y luego lo del fantasma.

—¿El fantasma?

—Bueno, así lo llamaban al principio. En la Facultad de Ciencias de la Salud, que empezaron a decir que alguien por las noches entraba en las aulas, y deambulaba por ahí. Lo investigamos, y no había ningún indicio de robo. Pero encontramos señales de intrusión en un laboratorio. Nada grave.

—¿Intrusión, has dicho? ¿Y sin robos?

—Eso es. Tampoco es un sitio para robar mucho. Es una clínica de Podología en la Facultad.

Almazán quedó pensativo por unos instantes.

—Cris, ¿me puedes dejar ver la documentación de ese caso?

—Claro, hombre, lo tienes en el sistema. Te paso mi clave y mira lo que quieras.

—Gracias, compañero. Voy a ver a mis muchachos.

Paula no estaba en la Dirección. Almazán le dejó un mensaje en el contestador y le pidió que fuese a la Facultad de Ciencias de la Salud para investigar sobre lo que le había contado Cristino; y lo más importante, que comprobase si había muestras de sangre en esa clínica podológica. Todo parecía un poco disparatado, pero a esas alturas no podía descartar ninguna posibilidad.

Aquella tarde se dedicó a buscar información sobre casos recientes de vampirismo. Resultó que eran más frecuentes de lo que hubiera esperado. Pero la mayoría eran distintos a los tópicos

de las películas. Lo habitual es que no fuesen individuos torvos y siniestros, sino personas de apariencia y comportamiento normal en sus vidas, pero con trastornos psiquiátricos sin diagnóstico previo. Viendo eso, el Profesor Corral podía ser un miembro distinguido de la sociedad, y tener una faceta oculta, enferma y macabra. En la cena, Almazán bebió más vino de la cuenta, y de nuevo pasó una noche con pesadillas en las que salía sangre del grifo, y Cristino le confesaba que él era vampiro desde pequeño. Pocas veces se había sentido tan aliviado cuando sonó el despertador.

A última hora de la mañana Castillo regresó de realizar pesquisas en la Facultad de Ciencias de la Salud.

—Nada que parezca relacionado con nuestro caso, jefe. Lo único similar es que no hubo robo. La cerradura fue forzada, eso sí es raro. Y allí no hay sangre. Tal vez alguien olvidó algo a horas intempestivas, y en vez de buscar la llave, entró a las bravas. No sé. En cualquier caso, nada más que pueda tener que ver con el vampiro.

La información le desmoralizó. Los días pasaban y la investigación no progresaba. A pesar de que el caso de corrupción podía cerrarse sobre Corral, eso le daba igual. Lo importante es que se estaba zafando de la acusación de intento de homicidio. Entretanto, el Profesor Santos seguía vivo, pero no se sabía si por mucho tiempo, ya que había sufrido una complicación que comprometía su pronóstico.

Esa misma tarde llegó a su mesa el informe de genética sobre las muestras que habían encontrado la noche del ataque. Casi

todo parecía anodino. La sangre y pelo del agredido, muchos cabellos, sin interés. Pero había algo más. Se habían hallado cerca unas uñas, que según el informe, eran de diferentes personas. Almazán pensó en lo extraño que era que la gente fuese a cortarse las uñas a ese lugar, un pasillo de la Facultad. Y lo más raro venía después. En tres uñas había restos biológicos, con los que se había podido hacer perfiles de ADN. Ninguno de los tres correspondía a nadie que se pudiera relacionar con la universidad. Y las consultas en bancos de información sobre ADN, que por lo general no ofrecían resultados, habían identificado a dos hombres de Burgos y una mujer de Huelva, todos jubilados y sin vínculo alguno ni con Málaga ni con la Facultad. Lo que tenían en común era que los tres participaban en un estudio de investigación sobre prevención del cáncer, y por ello se había podido conocer su identidad.

Almazán buscó en internet información sobre ese estudio, para tratar de hablar con algún responsable y buscar una explicación al hallazgo de aquellas uñas. Resultaba que la Universidad de Málaga, además de otros centros en toda España, incluidas las universidades de Huelva y Burgos, también participaba en la investigación. Localizó por teléfono a la coordinadora del estudio en Málaga; se llamaba Laura Valdés y también era profesora en la Universidad. Almazán le preguntó por la investigación, sin dar muchos detalles del motivo de la llamada. Ella le trató con amabilidad, y le explicó que el estudio era de gran importancia para prevenir el cáncer, y que a los participantes, entre otras cosas, se les extraía sangre

para medir diferentes parámetros. “Otra vez la sangre”, pensó Almazán. Entonces optó por decirle lo de las uñas encontradas, de personas de Huelva y Burgos. La profesora se quedó callada unos instantes. Luego habló.

—También se toman muestras de uñas, y en la Universidad de Málaga recibimos las uñas de todos los participantes de España, las conservamos nosotros, que somos los responsables. Aquí se analizan.

—O sea, ¿que uñas de personas de Burgos y Huelva también están aquí? —insistió Almazán.

—Sí, claro —respondió Valdés—.

—Disculpe que sea pesado, Profesora, pero ¿quién tiene acceso a ese banco de uñas?

—Está en la Facultad de Medicina, en un laboratorio. Bastante gente puede entrar. Personal de la Universidad, por supuesto.

—Y una última pregunta, ¿se le ocurre alguna causa por la que algunas de las uñas de su banco puedan ser sacadas de ese lugar y tiradas por el suelo?

La profesora fue categórica, casi parecía indignada.

—No hay nada que justifique eso. Además, no puedo imaginar para qué puede querer nadie uñas de participantes en un proyecto. De todos modos, en cuanto cuelgue el teléfono voy a revisarlo.

Lo de las uñas no tenía ningún sentido, y complicaba la investigación. Almazán se puso a pasear por su despacho,

intentando atrapar al vuelo alguna idea que le ayudara a seguir una línea coherente. A las dos horas, Paula le telefoneó.

—Jefe, la Profesora Valdés dice que faltan muestras de uñas de al menos veinticinco personas. No creo que ella tenga nada que ver, porque está que echa las muelas. Ah, y aquí puede entrar cualquier profesor; incluido Corral, por supuesto.

Eran las siete de la tarde, y Almazán se sentía agotado, de modo que se fue a casa. En mitad de la noche se despertó con una idea en la cabeza; en realidad, una asociación de palabras: uñas y Podología. Ya no pudo dormir, y en cuanto amaneció se dirigió a la clínica de Podología que había sido forzada. Allí pudo hablar con una de las responsables, la Doctora Elvira González, que era podóloga. Nada más verla le pareció una mujer muy atractiva; por un instante deseó abandonar el caso y marcharse con ella a cualquier sitio.

La Doctora González le explicó que en esa clínica atendían a personas que necesitaban cuidados en los pies, y de paso se aprovechaba para que los estudiantes de Podología pudiesen hacer algunas prácticas tuteladas.

—Imagino que cortarán muchas uñas —preguntó Almazán.

—Desde luego. Aparte de otros problemas que puedan tener, a casi todo el que viene se le recorta alguna.

—Y con esas uñas cortadas, ¿qué hacen luego? ¿Se usan para algo, se guardan?

González le observó con gesto extrañado.

—No tienen ninguna utilidad, se tiran a la basura —contestó.

—Claro, entiendo —dijo el inspector—. Doctora, ya sé que estas preguntas parecen tener poco sentido, pero necesito que me responda. ¿Le consta que alguien haya podido llevarse uñas de aquí?

—Como ya le he dicho, las uñas no sirven para nada. No se reciclan, no tienen valor.

Se fue de allí con una sensación de inseguridad cada vez mayor. No sabía si estaba haciendo el ridículo ante todo el mundo con su investigación. En su despacho, el inspector buscó información en internet sobre “tráfico de uñas”. Pero no encontró nada que pudiera hacer suponer que alguien pudiera robar uñas, de manera que el hallazgo en el lugar del ataque debía responder a otro motivo. Y ahora estaba casi como al principio, pero con menos tiempo y más impaciencia.

El resto del día transcurrió con una ausencia desesperante de novedades, y a la mañana siguiente, que era viernes, el Inspector Jefe Herrera le llamó al despacho. A pesar de que Almazán había ido informando, estaba inquieto ante el estancamiento del caso. Le preguntó si necesitaba más personal. Herrera era un buen jefe. Le propuso que tomara el fin de semana para reflexionar y poner en claro todo lo que tenía. El lunes o el martes volverían a reunirse, y entre los dos decidirían.

Antes de irse mantuvo una reunión con Paula y Castillo, y repasaron todo el material de investigación. Por algún motivo se les escurría entre las manos lo más importante. Parecía

claro que Corral tenía un móvil, capacidad física, y poder para moverse a capricho. Sin embargo, si había sido él quien agredió a Jorge Santos, se protegía bien. Tampoco habían descartado la posibilidad de que, además de las rencillas por la acusación de fraude, lo del vampirismo hubiera tenido que ver. No constituía la hipótesis principal pero como policía experimentado, Almazán sabía que a veces las líneas más débiles en apariencia acababan siendo las buenas.

Se despidieron, y se desearon un buen fin de semana, para el cual Almazán no tenía planes. Recordó que debía intentar hablar con su hijo. Y también tratar de quedar con alguien; desde el divorcio estaba teniendo problemas para llevar una vida social que pudiera considerarse normal. Decidió que uno de esos días llamaría a la Doctora González, y la invitaría a cenar.

El sábado se despertó tarde e hizo un desayuno copioso que le sirvió de comida. Después pensó en salir a comprar, pero sintió pereza, y se puso a leer. La tarde le sorprendió pasando páginas, y con la nevera vacía. Al final, se vistió para ir a cenar fuera. Mientras se dirigía en coche hacia el restaurante iba dando vueltas a algo que no le cuadraba sobre el caso. Si Corral quería ajustarle las cuentas a Santos por la denuncia sobre el fraude científico, ¿por qué hacerlo en la universidad, de noche, con vigilante? Se le ocurrían muchos modos diferentes de perjudicarlo. Y por otra parte, Corral era un tipo fornido, pero no parecía de los que se manchaban las manos. Al menos no de forma directa.

El inspector conducía despacio pero inmerso en sus cavilaciones no vio venir al automóvil que, embalado, se saltó el semáforo en el cruce. El impacto fue muy violento.

“¿Qué ha sucedido?”, pensaba Almazán. Aunque en realidad no le importaba. Se sentía tranquilo, con un vacío mental agradable. Aquello se esfumó cuando abrió los ojos y vio enfrente un rostro desconocido, tocado con un gorro de papel, que le observaba con semblante serio. Comprendió que estaba en un hospital. No podía hablar. Tampoco quería decir nada y decidió cerrar los ojos para intentar recuperar la sensación apacible.

Recuperó la consciencia el martes, tres días después del accidente. Le sacaron de la UCI y le trasladaron a una habitación. Al rato llegó una mujer, que se presentó como la Doctora Claros.

—Buenos días, José, ¿cómo se encuentra?

—Bien —respondió de forma mecánica.

—¿Recuerda qué le ocurrió?

El inspector no se acordaba de nada. La Doctora le contó los detalles. Al parecer le habían extirpado el bazo de forma urgente, porque se había roto, y podía desangrarse. Además de contusiones múltiples había sufrido un traumatismo craneoencefálico que seguía bajo vigilancia. El riesgo vital estaba casi descartado, pero aún podían producirse complicaciones, y debería permanecer ingresado por un tiempo sin definir.

Almazán todavía se encontraba cansado, y cuando la Doctora salió de la habitación, se durmió. Al despertar de nuevo ya había anochecido, y había alguien en la butaca de acompañantes.

—Hola, jefe.

—Castillo —dijo Almazán—. Qué desastre.

—No, hombre. Desastre podía haber sido, pero por lo que me han dicho, lo va a contar usted. Aunque viendo su coche resulta difícil de creer. Quedó hecho papilla.

—¿Y los del otro?

—Iba el conductor solo. Según parece, hasta las cejas de coca. Mala suerte para él, murió al día siguiente.

Almazán cerró los ojos. Tenía mucho que digerir, pero Castillo tenía razón, había tenido fortuna al seguir con vida.

—Mi hijo —recordó de repente.

—No se preocupe, está al corriente. Le llamará en cuanto esté usted en condiciones.

—Gracias —y unos instantes después continuó—. ¿Y el caso?

—No piense ahora en eso. Es mejor que descanse, y reponga fuerzas.

Al día siguiente, tras la visita de la Doctora, fue Paula quien acudió a verle. Y después Herrera, y otros compañeros. Aunque la evolución de sus lesiones era favorable, era prudente que siguiera algo más de tiempo en observación. Al quinto día, Almazán no aguantaba más, y se estaba planteando solicitar el alta voluntaria. Castillo trataba de disuadirle de que se precipitase.

—Ya estoy harto. Me encuentro perfectamente. Son muy exagerados.

—Y usted un cabezota, jefe.

—Además, se nos va de las manos lo de la universidad. ¿Hay alguna novedad? ¿Cómo está el profesor herido?

—Ayer hablé con su médico —respondió Castillo—. Creen que no va a morir, pero va a tener secuelas. Aún no ha recobrado el sentido. Por cierto, que antes, cuando he venido, me he cruzado con una camilla en la que llevaban a otro profesor. Le recuerdo de los interrogatorios. Laguna, se llama. A este paso van a tener que abrir una consulta solo para la universidad. Luego he visto que está unas cuantas habitaciones más allá, en esta misma planta.

—¿Y qué le pasa? No le habrán pegado también.

—No lo sé. No parecía. Iba consciente, aunque muy pálido. Yo creo que también me ha reconocido, porque me parece que se ha quedado mirándome. Casualidad, supongo.

Al final, Castillo le convenció para que aguardase a que le dieran el alta. Desde que había comenzado a sentirse mejor, acostumbraba a caminar por la planta. El personal ya le iba conociendo, y le saludaba. El día siguiente a la visita de Castillo, en su paseo, se cruzó con un hombre y una mujer con bata, que supuso eran médicos, y que salían de una habitación cercana, hablando. No había sido su intención, pero no pudo evitar escuchar parte de la conversación. Se quedó petrificado. Memorizó el número de habitación, la 317, y corrió a llamar por teléfono. Paula contestó enseguida.

—Avisa a Castillo. Tenéis que venir ahora mismo.

Apenas tardaron 30 minutos. Y poco más tarde, y tras hablar con los médicos, estaban haciendo preguntas de manera informal al paciente de la 317, el Profesor Ciriaco Laguna. Este les refirió que sufría una gastroenteritis que se había complicado. Como oficialmente no podían tener acceso a su historia clínica, no pudieron presionarle más. Pero le preguntaron en profundidad por su relación con Jorge Santos, y si había tenido algún problema con él, lo que Laguna negó de forma categórica. A si había estado en la Facultad de Medicina la noche de la agresión, respondió que no. Sin embargo, Paula intuyó que estaba mintiendo.

Almazán no tuvo más remedio que llamar a Herrera, y explicarle lo que sucedía, para poder solicitar el acceso a sus datos clínicos. En esa conversación que había captado de manera involuntaria, los médicos comentaban, muy sorprendidos, que a un individuo le habían extraído del estómago una gran cantidad de uñas. Después habían comprobado que ese paciente era el profesor al que Castillo había visto el día anterior en la camilla.

Herrera no tardó más que unas horas en conseguir una orden para poder obtener de los facultativos la información sobre la enfermedad de Laguna. Se había presentado con un dolor abdominal agudo muy intenso, con vómitos repetidos, algunos con sangre. Él decía que tal vez le había sentado mal alguna comida, pero tras hacerle una gastroscopia, observaron con gran sorpresa que tenía en el estómago más de 30 uñas, que le habían producido el cuadro clínico. Era un caso muy raro, que

ninguno de los médicos implicados, ni los más veteranos, había visto antes.

Almazán también había pedido una orden para registrar el despacho y el coche de Laguna. En el maletero, oculto de manera burda bajo una lona, hallaron un extintor. Los técnicos encontraron restos de sangre, a pesar de haber sido limpiado. Y la sangre coincidía con la de Santos. Además, hallaron algunas huellas dactilares parciales, que se dispusieron a analizar.

Cuando le contaron los hallazgos, Ciriaco Laguna, que seguía ingresado, pareció derrumbarse. Cayó en un estado de abatimiento, y se negó a decir ni una sola palabra más. Al día siguiente, las huellas encontradas también mostraron coincidencia, con las de Laguna. Esa misma tarde fue detenido y puesto bajo custodia policial en su habitación del hospital, como presunto autor del intento de homicidio de Jorge Santos.

Las jornadas posteriores fueron de gran actividad, y de repente todo empezó a encajar. El Profesor Laguna fue sometido a exploración psiquiátrica, y diagnosticado de un trastorno obsesivo-compulsivo que se acompañaba de la ingesta continuada de uñas hasta el punto de que se había creado una adicción psíquica. Como sus propias uñas le resultaban insuficientes comenzó a buscar fuentes externas; una de ellas había sido la clínica de Podología, pero la necesidad le había llevado a saquear el banco de uñas del laboratorio. La noche de la agresión, la presencia de Santos le nubló la razón, y ante la amenaza de ser descubierto, le golpeó.

—¿En algún momento pensó de verdad que podía ser un vampiro? —preguntó Castillo mientras tomaba una cerveza con Almazán y Paula, una vez cerrado el caso.

—Al final un vampiro moderno sí que es, ¿no te parece? —respondió el inspector.

—Sí —intervino Paula—. Pero en realidad ese es un pobre hombre enfermo. Peor que los vampiros son los lobos como el otro.

El Profesor Corral no se libró en el caso de corrupción. Como resultado de la investigación paralela que se efectuaba, se descubrió que estaba vendiendo de forma ilegal muestras del estudio de prevención del cáncer. Mientras esperaba juicio fue destituido de sus puestos en la Universidad.

El Profesor Jorge Santos se recuperó de forma parcial, y aunque arrastraría secuelas físicas durante el resto de su vida, pudo continuar con su actividad.

El inspector Almazán siguió frecuentando la Facultad de Medicina para cerrar detalles de las investigaciones; aquella mañana, mientras caminaba semanas más tarde por el Boulevard Louis Pasteur, no podía dejar de recordar, con la excitación de un adolescente, la piel de Elvira González contra la suya durante toda la noche anterior.



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

VICERRECTORADO DE INVESTIGACIÓN
Y DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

Publicaciones
y Divulgación Científica

